



Desmenuzando unos textos empapados de vida

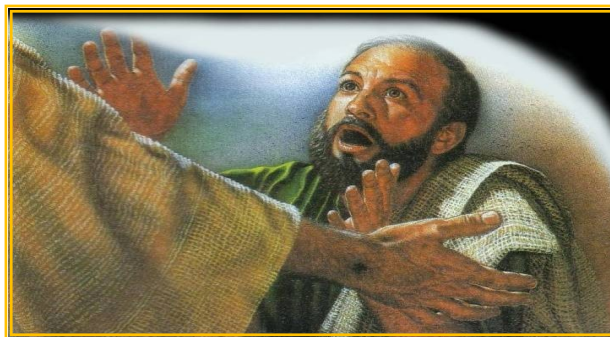
La Comunidad Cristiana pide en esta solemnidad de la Ascensión del Señor, porque siempre es un precioso don, *“exultar santamente de gozo y alegrarnos con religiosa acción de gracias”*; así se recoge en la oración colecta que tiene su fuente en el sermón 73 de san León Magno. La razón es *“que Cristo -en el misterio de su humanidad- ha sido constituido Señor del cielo y de la tierra”* cfr intercesión de la PE III. El himno del Oficio de lecturas **Aeterna rex altissime**, de autor desconocido, celebra que *“con asombro de los ángeles, la suerte humana cambia, el Verbo nuestra culpa expía y reina en la carne”*. Es para nosotros una victoria y fuente de una gran esperanza, como se atestigua en la mencionada colecta.

Un triunfo que llena de estupor

No es un mero agradecer que se lleve a cabo una vez al año. Cada domingo, en la ora-

ción vespertina con la que se concluye la pascua semanal, el primer salmo, el 109 (110), nos lo recuerda y el recuerdo, gracias al Espíritu Santo, se convierte en profesión de fe en el corazón de la Iglesia que escucha y canta: *“siéntate a mi derecha y hare de tus enemigos estrado de tus pies”*. La humanidad de Jesús es acogida *“en el ámbito de Dios”* participando de su reino cfr 1 Cor 15, 25. Los enemigos son puestos como *“estrado de sus pies”*. En este día ya se celebra -en clave sacramental- el triunfo final del bien sobre el mal.

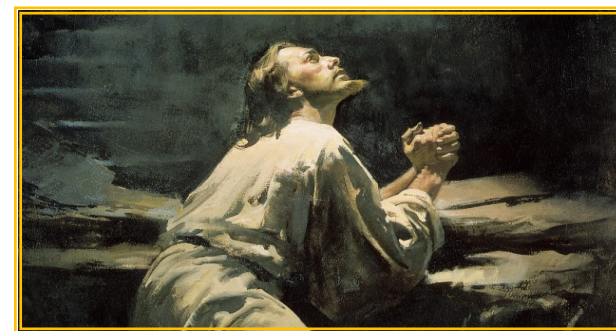
Un victoria que llena de gozoso estu-



por hasta las mismas estrellas del cielo; san Pedro Damiano, en su himno vespertino **Clara polorum**, lo celebra con gran gozo. Un horizonte, en ocasiones oscuro y cerrado, se abre a un glorioso amanecer que se ofrece a los mortales como fuente de una gran esperanza.

Una ciencia sabrosa acerca de Dios

El prefacio para después de la ascensión, tomado del Misal italiano, nos da unas pautas que son para la Iglesia objeto de sabo-



reo agradecido. *“Habiendo entrado de una vez para para siempre en el santuario del cielo, ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu”*.

1º Intercede por nosotros.

Interceder significa entonces cuidar del otro, estar de su parte para pedirle a Dios que intervenga con los dones de su amor.

2º Asegura la perenne efusión del Espíritu.

La intercesión de Jesús es lo que asegura la perenne efusión del Espíritu. Por la fuerza del Aliento divino, la debilidad se ha convertido en fortaleza, la mortalidad en eternidad y los ultrajes en gloria.

Buen día para pedir el don de sabiduría -'sapienter'-, a fin de que esta celebración nos resulte 'sapida scientia'; es decir: una ciencia sabrosa acerca de Dios y de sus designios de salvación para con nosotros.

Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar Sal 46, 2-3. 6-7. 8-9



**Pueblos todos batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor Altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra.**

**Dios asciende entre aclamaciones,
el Señor, al son de trompetas;
tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.**

Porque Dios es el rey del mundo;

tocad con maestría.

Dios reina sobre las naciones,

Dios se sienta en su trono sagrado.

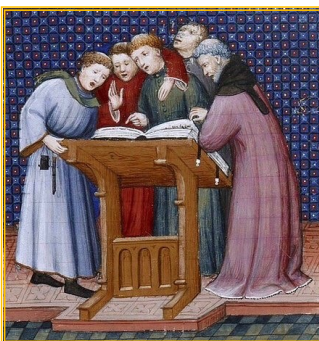
Los Salmos no se escribieron y luego se cantaron; al contrario: primero se cantaron durante mucho tiempo en la liturgia de Israel y, finalmente, se pusieron por escrito.

En lo que se refiere a la liturgia cristiana, cabe señalar que, desde el principio, la Iglesia los ha rezado, sobre todo, porque eran la oración del mismo Cristo. Jesús así lo hacía en la asamblea litúrgica de su pueblo y reflexionaba sobre ellos, en su plegaria secreta con el Padre en un ambiente de soledad y silencio. Gracias a ellos pudo discernir la voluntad de Dios y encontrar luz para su misión. Los salmos son la oración de Cristo.

Dentro de la liturgia eucarística, los salmos se

utilizan en el introito, durante la presentación de las ofrendas y en el momento de la comunión. Pero el canto más antiguo de la Misa, atestiguado en todas las familias litúrgicas occidentales, es el Salmo responsorial o gradual. Se le llama así porque se cantaba, como se indica en las Constituciones Apostólicas (s. IV), desde uno de los escalones del ambón que conducían al púlpito desde el que se proclamaba el Evangelio.

En este día de la Ascensión del Señor, el salmo responsorial es el cuarenta y seis (47). Es un canto procesional y fue compuesto para celebrar una victoria. El arca de la alianza, lugar de la presencia del Dios vivo, entra gloriosa en el templo de Jerusalén. El Altísimo se revela, desde este lugar santo, como “emperador de toda la tierra” y el pueblo lo celebra “entre aclamaciones y al son de trompetas”. Así acontece en este día en el que la Iglesia rememora la ascensión de Cristo, a fin de sentarse “en su trono sagrado” a la derecha del Padre, después de haber llevado a cabo la “purificación de los pecados”. El pueblo de Dios lo celebra alabando su nombre glorioso.



Alabar a Dios significa exaltarlo, engrandecerlo (LC 1, 46; Hch 10, 46), reconocer su grandeza en las maravillas que hace en favor de los hombres. La alabanza nace del asombro y la admiración ante la presencia del Todopoderoso y supone un alma abierta y extasiada; puede expresarse en un grito, en una exclamación, en una ovación gozosa (Sal 47, 2. 6; 81, 2; 89, 16 s; 95, 1; 98, 4); brota en los rectos de corazón, los humildes, y los conduce a una renovación de la propia vida.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo de la Ascensión “A”



**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero

algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»